

Luis Martín-Santos

Narrativa breve

Obras completas I

Edición dirigida por
Domingo Ródenas de Moya

OBRAS COMPLETAS I



Galaxia Gutenberg

LUIS MARTÍN-SANTOS

OBRAS COMPLETAS I

Narrativa breve

Edición dirigida por
Domingo Ródenas de Moya

Galaxia Gutenberg



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

Edición dirigida por Domingo Ródenas de Moya

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2024

© Herederos de Luis Martín-Santos, 2024
© de la edición, la introducción y las notas: Domingo Ródenas de Moya, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 66-2024
ISBN: 978-84-19738-74-5 (volumen)
ISBN: 978-84-10107-35-9 (obra completa)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

PRIMEROS CUENTOS Y ESBOZOS

La abadía

A lo largo y a lo ancho de la abadía una nube de incienso azulado se desvanecía lentamente al disolverse. Las últimas líneas de la cúpula no se llegaban a vislumbrar perdidas en la sustancia negra de una noche opresora que las llamas bamboleantes y trémulas de los cirios intentaban quebrar inútilmente. Se adivinaban profundidades, magnitudes en la infinitud desconocida de lo oscuro. Olía cual si la música de un órgano oloroso hubiera esparcido sus trémolos vibrantes durante siglos, durante eternidades para detenerse luego en el instante, en el puro instante... y aguardar. Había un temblor de advenimiento.

Y se alzó una losa blanca ante el presbiterio penumbroso y el cuadrilátero agujero negro lanzó su mirada fija, obsesiva, hacia la cúpula invisible, hacia el mundo.

Y se abrieron las puertas repujadas en bronce chirriando largamente sobre sus goznes oxidados. Y del exterior, del exterior incógnito e imposible penetró una tenue claridad verde que hacía creer en la inmersión milagrosa de la fúnebre abadía hasta los profundos senos de un océano de maravillosa fosforescencia. Entonces se oyó el cántico solemne y serio de mil gargantas varoniles, recias, que habían aprendido el sacro temblor de la ascesis y el vergonzante murmullo de mis *confiteor* reiterados por el pecado eterno. Las voces parecían resonar suavemente sugeridoras de amor, en la misma blanda nube de incienso que aún distendía sus contornos opulentos entre las recias nervaduras de las columnas góticas. Era cual una cohorte cantora disuelta en arpegios sublimes, sin forma, sin concreción. Pero se adivinaban las varoniles gargantas recias en lo desconocido. Y la fosforescente luminosidad glauca penetraba a través del umbral que descubrieron las amplias puertas de bronce forjado al abrirse sobre los goznes oxidados. Y los fantásticos reflejos de mi figura fulguraban luego en las vidrieras enigmáticas donde santos inexpresivos y hoscos esperaban como yo la ecló-

sión del misterio. El ojo insomne de la huesa abierta seguía contemplando inescrutable el misterio de la cúpula invisible en la noche. Ahora se adivinaba ya —con los verdes reflejos— las opulentas gualdrapas rojas de los reclinatorios lujosos. De esos reclinatorios en que las reinas posaron sus rodillas divinas estremeada la carne blanca por la hiel de los cilicios. Y el rojo terciopelo mezclado con la verde esmeraldina luz hería mis miradas con un color lascivo de sierpe que se arrastra, de babosa buscona adormecida.

Y al volver mis espaldas a la luz desconcertante, enigmática, advertí sobre el gran retablo del altar mayor mi figura proyectada, amplificada, gigante. Era mi sombra semoviente y enorme. Y temblé asustado del gran fantasma. Mas alcé mis brazos en cruz y los vi moverse sobre el retablo como las aspas de un gran molino que, al girar, hicieran perderse en lo oscuro, en lo oscuro de mi capa desplegada, los dragones, los hipogrifos, los caballeros, las vírgenes, los demonios que una mano ignorada había labrado sobre la piedra opaca para que lucieran en aquel momento, tras el concierto infinito de los siglos ante mis ojos obsesos. Y yo alcé mi espada puntiaguda para ver su silueta hiriente hundirse sin herir en los vientres de los dragones.

Y la oculta coraza que protege mi corazón se resquebrajó a los choques de un latido impetuoso y yo noté cómo su dehiscencia violenta la proyectaba contra las losas con estridor maligno; y me sentí desnudo, indefenso bajo mi capa, bajo los pliegues inmensos pero tenues de mi capa. Y la música nacida de gargantas ignoradas sentíase aún entonando un suave himno de amor prometido y marchitado naciendo unánime desde los átomos densos de la atmósfera luminosa y opaca como la leche tibia que brotara de una ubre inextinguible.

Adiviné que mi presencia impedía el misterio inevitable. Supe que el destino me había elegido pero que algo me rechazaba y hui tras de las columnas, entre los reclinatorios con carrera asustadiza y nerviosa como de niño desconsolado que ha oído un grito en el bosque cuando contemplaba una gran mariposa de alas amarillas posada sobre una flor azul. Me oculté tras los amplios cortinajes empalidecidos por la luz opalina y lechosa.

Vi el brillar de mi coraza diamantina, fulgente, rota, inútil sobre las losas y estreché aún más mi mano sudorosa sobre el puño frío de mi espada.

Entonces se oyó el grito. Fue un grito único y extraño. Un grito humano. Terrible. Más terrible que el del siervo infiel al que un amo encolerizado ha marcado con el hierro ardiente de la esclavitud. Más patético que el de la virgen sorprendida en la fragancia de los quince abrilés. Más hondo que el de la madre amante que ve a su hijo precipitarse en el vacío. Fue el grito inexpresable y único del vacío, de la nada que se adueña del corazón del hombre. Fue el grito de la muerte.

Yo sabía que aquella garganta había muerto. Nunca más un hálito vital podría mover las cuerdas paralizadas porque se habían desgarrado ante el gran horror de su clamor último.

Y la luz se hizo roja. Y pareció como si un milagro imposible hubiera hecho sudar sangre —la sangre de las agonías divinas— a las paredes y a las losas de la abadía. Los terciopelos de los reclinatorios donde reposaron su carne ingrávida las santas princesas rubias de ojos azules y párpados asombrados semejaron llamas adormecidas. Los candelabros sintieron nacer rojas arterias en sus miembros de muerta cera.

Y mis ojos desorbitados dilataron las abiertas pupilas al conjuro espantable del grito mortal. Noté mi sudor enfriarse con el gran temblor de mis vértebras bajo la capa amplísima y lúgubre.

Las voces que entonaran el extraño himno de amorosos tonos habían enmudecido ya quebradas en el clamor infinito del grito. Y Él tenía que haber muerto porque su queja había sido mortal.

Entonces entró. Yo lo vi alzarse en el umbral. Blanco, espantosamente blanco en el marco rojo de la luz sanguinolenta. Era Él. Yo lo miré. En el umbral su silueta se recortó desnuda de todo ropaje. Blanca. Estaba muerto. Sus azuladas venas marcaban la arborización coagulada de la sangre adormecida. Sus labios eran amarillos cual los muertos cirios que consumidos se iban apagando uno a uno en los candelabros de grandes brazos suplicantemente alzados al cielo. Los brazos llevaban macilentos las manos muertas a juntarse orantes sobre el pecho donde

las descarnadas costillas describían geoméricamente perfectos arcos escultóricos. Las piernas le sostenían juntas como dos columnas de ese mármol inhallable y único con el que el emperador sueña para montar su palacio. Y en los ojos abiertos dos rayos sin luz del color indescriptible de las mejillas de la hembra en celo cuando vierte el veneno en la copa del amado. Entre los labios flojos se veían unánimes los dientes aguzados por la muerte.

Yo esperaba.

Sonó en lo alto de la cúpula invisible el martillazo gigante, el latido poderoso, el aullido desgarrado de una campana de voz lúgubre. Ensordecedora. Trepidó en sus tímpanos asustados. Toda la abadía pareció temblar como una gigantesca caja de resonancia donde las piedras mantuvieran presas las vibraciones crueles del tañido. Pero el sonido fue apagándose paulatinamente y tras un último eco perdido en la lejanía rojiza, cayó un gran silencio sobre la nave anchurosa.

Fue un silencio perfecto, omnipresente. La luz caía sobre las piedras y las vidrieras sin que el más leve murmullo delatara su beso sensual, prolongado, extenuante. El incienso refulgía sin que se escuchase la danza inextinguible de sus átomos. Mi corazón latía pero yo no llegaba a sentir su presencia pues todo mi «yo» estaba echado fuera hacia la momia estatuaria, fría, que aguardaba en el umbral de las puertas bronceas, blanca, circundada de rojizos resplandores.

Fue un silencio perfecto en que hasta la gran carcajada de la huesa abierta se hizo muda para él. Entonces avanzó. Sus piernas frías, yertas, estatuarias, se movieron perfectamente muertas. Y yo oí el chasquido claro de sus choquezuelas al andar.

Avanzó entre los reclinatorios rojos ordenados por las damas piadosas y bellas sin que los muertos rayos de sus ojos muertos se desviaran de la línea recta que llevaba a la fascinante pupila honda de la huesa en espera tenaz. Solo. Porque yo tampoco existía. Estaba solo.

Avanzaba, avanzaba lentamente con andares de muerto, de ciego absoluto con los ojos secos. Y la gran soledad de las naves no era capaz de intimidarle como a mí cuyo corazón otra vez acariciaba la piel temblorosa del pecho. Pude notar mi espada

en el suelo, a mis pies, pues mis dedos fríos habían perdido la viril fuerza de su musculatura.

Él avanzaba con la suavidad melosa de las culebras que como el muerto son frías, inexorables y de ojos secos. Y entre los labios flojos seguían luciendo los carbuncos blanquecinos de sus dientes como promesa de la calavera próxima.

Y llegó al punto donde mi coraza diamantina había caído quebrada por el ímpetu de mi corazón. Y tropezando cayó.

¡Oh y qué hondo susto de muerto el que debió congelar de nuevo su sangre fría en las arterias heladas, muertas! ¡Oh y qué hondo fragor el de sus miembros marmóreos al abrazarse con las losas brillantes de la abadía!

¡Oh la protesta impotente de la huesa abierta que esperaba al muerto inútilmente, con su gran carcajada desfallecida, por los siglos de los siglos!

* * *

Y el silencio...
el silencio
por los siglos...
siempre
siempre
siempre...
El silencio.

* * *

Hundí mi espada acerada en mi corazón insobornable y me tendí en la huesa vacía. Entonces una gran armonía agradecida pobló los últimos confines de la nave.

El muerto sonrió sobre las losas frías.

Apagadas las llameantes luces dormimos tranquilos, reposamos.

Sigue oliendo a incienso.

Sa[lamanca] 15 junio 1945

[Álex medita la voluptuosidad del arrepentimiento]

Álex cuenta la losas del aula. Las losas blancas y negras. El tablero suena suavemente bajo los pies nerviosos de Álex. El eco sube hacia el techo imposible y se hunde en la luz roja de la torre. Álex anda sobre las losas blancas y negras.

Álex medita la voluptuosidad del arrepentimiento. Sus cabellos son largos. Caen como serpientes dormidas sobre su desnuda espalda. Álex hace girar sus ojos en la luz roja de la tarde donde se duerme el eco de sus pisadas. Su espalda desnuda se estremece cuando Álex se tiende sobre las losas frías. Las losas blancas y negras.

Álex medita la voluptuosidad del arrepentimiento. Por el rosario de sus vértebras corre un temblor prolongado. Álex tiende los brazos finos. Los distiende. Los posa junto a sus flancos. La luz roja de la torre cae sobre las losas blancas y negras. En las losas reposa Álex, como si fuera su cuerpo. Como si él fuera su cuerpo.

El escalofrío de las vértebras ha despertado el ansia codiciosa de los flancos. Los flancos del cuerpo de Álex. El cuerpo de Álex es perfecto. Pero él medita la voluptuosidad del arrepentimiento.

Álex reposa en el punto sin contorno. Cada losa es blanca o es negra. Cada losa es igual a cada losa. Sólo Álex es él mismo. Y su cuerpo.

La ausencia de ventanas ha hecho milagrosa la luz del vidrio en su mano. Álex tiene los ojos entornados bajo el equívoco signo de sus cabellos lacios. Al romperse el pomo ha caído en su cuello la pegajosa lengua del perfume. Una virtuosidad de miel fluida ha poblado los ámbitos del aroma.

Hasta el alma de Álex, hasta el alma que en su cuerpo se acurruca, por el cuerpo, por la materia vibrátil, ha llegado la caricia. Pero la voluptuosidad del remordimiento reposaba aún tras de los párpados entornados, azules.

Azules son los párpados: hacen profundo el cubil de los ojos rapaces.

Cada mañana el aire del aula se puebla de las miradas que acumuló la noche tras los párpados. Cada mañana la luz roja de la torre traza ecuaciones con la sombra alargada de Álex. Traza ecuaciones y teoremas en la magia de las losas. Sobre las losas blancas y negras donde el bálsamo se evapora y sube. Álex medita la voluptuosidad del arrepentimiento. La ausencia de ventanas es más tremenda.

En cada losa parece haber muerto una interrogación que sólo el cuerpo tendido de Álex podría haber desflorado. En cada losa el recuerdo de otro bálsamo se ha momificado.

No llueve en el aula.

Cae la luz roja de la torre.

Álex cuenta las losas blancas y negras. Álex anda sobre las losas con la exactitud de sus pies limpios. Álex comprende el porqué las losas, el porqué la luz roja de la torre.

El aroma existe. Cada átomo danza. Pero el silencio no es roto por la sinfonía incompleta que rebasa los ángulos del aula.

Álex medita la voluptuosidad del arrepentimiento. No llora. En el cubil azul los ojos rapaces son dos cuentas de vidrio. Reflejan la ausencia de ventanas.

Álex existe.

El aula es el mismo punto sin contorno. No gira. Lo perfectamente inmóvil. Álex.

Ha sonado un grito.

El cerebro de Álex en las losas blancas.

El cerebro de Álex en las losas negras.

Yo y el campo

Hace tiempo que había deseado no pasar de aquí. Creo haber encontrado mi verdadero reposo y mi penúltima situación en este mundo. Yo ya no puedo esperar más.

Y ahora, cuando pienso que sólo yo (y quizá ese que anda por ahí) he sabido sustraerme al deber de la existencia, noto algo semejante a la satisfacción del astrónomo que no cambia ninguno de sus descubrimientos por un principado. Cuando pienso en el mundo que debe haber todavía por allá abajo, un mundo con adoquines en las calles, con dentistas de sonrisa satisfecha, con almacenes al detalle, con mujeres, mujeres bellas y rubias y agrias («yo soy la gran estéril» me dijo una vez), con algunos pájaros, con camas de acero niquelado, con comandantes, en fin, todo ese mundo que dejé, me pongo pálido.

Así, pues, me encuentro desnudo y moreno tumbado en el campo. En la ladera de un monte bajo cerca de una mata de cardos. En este campo no debe haber hombres ni árboles; sólo una extensión suavemente ondulada hasta el horizonte y las matas separadas unas de otras, pardas, y él, que anda por ahí, destacándose entre ellas.

Llegamos aquí hace tiempo cruzando esa extensión ondulada. Él es más viejo; en el fondo es perezoso, tiene menos voluntad que yo; si no hubiera sido por mí, él nunca habría llegado hasta aquí. Yo estoy siempre tumbado y no me muevo. Él en cambio, anda por ahí recogiendo ramas secas y piedras. Pero nunca se aleja mucho, todo lo más hasta el final de la ladera. Va vestido de negro y es alto y anguloso. No hablamos porque no hace falta. De noche va encorvado para poder ver las piedras y los palos que recoge. Por el contrario a mí me es igual la noche que el día, el buen tiempo que el malo.

Este campo me gusta y él, poco a poco, se va metiendo en mí. Veo unas hormigas que suben trabajosamente por mi mus-

lo. Son como yo. Siento que hay sólo un alma en el universo que a todos nos penetra. Todos somos ella (tal vez él no). Las hormigas se pierden por mi cabello. Otros insectos acampan en mi vientre, aunque sólo por unos instantes, y noto cómo la yerba amarilla y corta crece bajo mi cuerpo. Aspiro un olor duro y complejo que nace de estas plantas pajizas que hieren mis manos. Todo esto me envuelve muy calladamente y no noto ya mis miembros mejor que las piedras próximas.

Ahora creo que estoy descansando.

Mis pies ya han olvidado qué cosa es el descanso, pero mis brazos y mi pecho no. Cuando llueve sobre mí y el campo, las primeras gotas se aplastan con un ruido blando y cohesivo y luego resbalan por mi piel ahogando algunas hormigas de esas pequeñas y rojas. Sus pequeños cadáveres se acumulan en mis flancos y algunos llegan flotando hasta mi boca. Esto me molesta algo, pero al mismo tiempo me proporciona una cierta alegría, pues realmente no basta con el sol para que un hombre no se sienta solo. Él, en cambio, cuando llueve, intenta inútilmente protegerse la cabeza con las manos de viejo que tiene y le molesta sentir la humedad por las piernas y en las piedras que recoge.

Hoy es un hermoso día. Se me ha acercado un pequeño lagarto verde y, confundiéndome con un montón de tierra, ha empezado a excavar un orificio en mi costado izquierdo. Como, a poca profundidad, por ahí debe estar el corazón, yo le dejaba, pero él, que estaba cerca, vigilando siempre todo lo que puede haber, lo ha cogido con sus manos de viejo como si fuera una piedra y se lo ha llevado.

Un día se dará cuenta de que yo tengo toda la razón.

Algunos tallos de yerba han crecido demasiado a mi alrededor pero si quiero puedo arrancarlos. Tal vez alguna de esas noches de luna llena.

Es posible que de puro viejo mi cráneo se agriete y se abra. Pero esto no me importa. Creo que será agradable sentir las gotas de agua penetrando por las rendijas. Además, sé que él intentará arreglarlo aunque sea ya tarde. Las hormigas, los insectos y los lagartos podrán establecerse de un modo definitivo en mi cuerpo y utilizarlo para sus fines.

Aunque también puede suceder que un día venga una señora gruesa y blanca que me llame y frote mis miembros húmedos para desprender todas las pequeñas raíces y, con un gesto, me indique lo que en realidad se espera que yo haga.

El tabernero

Era un hombre grueso y rojo y bajo que tenía la cabeza encajada entre los hombros y la cara un poco torcida, con la boca desviada a un lado. Las narices chatas. Era tabernero. Antes había sido labrador. Luego se cansó de estar cavando y comenzó a vender sus tierras. Tenía dos huertas hermosas que vendió rápidamente. Su padre las había heredado de su abuelo. También tenía una alameda en un lugar húmedo por donde corría un regato. Se decía que, quitando los árboles y las raíces, aquella tierra había de resultar un huerto aún mejor. A él le molestaba el regadío y primero comenzó por sembrar trigo en los huertos, con lo que se ahorraba trabajo y le bastaba regar dos o tres veces para asegurar la cosecha. Todos decían que así no haría nada. Que aquellos huertos bien trabajados podían dar diez veces más que sembrados de trigo, pero él no hacía caso. Hablaba poco. Luego los vendió y con el dinero compró algo de vino y licores y la autorización y puso un despacho de bebidas en su casa. Para eso en la habitación de la entrada puso un mostrador y abrió una ventana al lado de la puerta a través de la pared de adobe. Encima de la puerta puso un cartel donde decía: SE DESPACHA VINO Y AGUARDIENTES. En el pueblo había ya otras dos tabernas, pero algunos empezaron a venir a esta. Él estaba allí todo el día con su cara un poco torcida y un porrón de vino delante del que iba bebiendo poco a poco. El vino que bebía era rojo. El aguardiente no lo probaba. Tenía el vino guardado en unas grandes barricas. Tenía algunos porrones de vidrio barato que compró a algún cacharrero y hasta una docena de vasos gruesos. No tenía más que un banco largo y una mesa pequeña para los clientes. La alameda no llegó a venderla y algún día, en verano, después de comer, cuando no había nadie en el pueblo sino que todos se habían ido a la siega, se tendía debajo de los álamos cerca del arroyo que casi estaba seco y dormía la siesta. No tenía mujer.

Cuando pasaron algunos años ya nadie le llamó de otro modo que el tabernero, sobre todo cuando se murió uno de los otros dos taberneros del pueblo que eran al mismo tiempo labradores, mientras que él era sólo tabernero. El tabernero que se murió se llamaba Bartolo y no vivía más que con una hija que se fue a la capital a servir. Aquella casa quedó cerrada y desde entonces había más gente en su taberna. Solían venir por la tarde y se estaban allí bebiendo un porrón y hablando. En general no hablaban mucho. Él estaba siempre detrás del mostrador y le gustaba escuchar todo lo que decían los labradores. Los más acomodados no solían venir a su taberna, sino que se reunían en casa de uno de ellos y allí jugaban al julepe, sobre todo los domingos. En la taberna nueva solían estar algunos de los que tenían menos tierras e incluso algunos jornaleros que durante el invierno tenían poco trabajo y andaban como dormidos de un lado para otro.

Él se llamaba Pedro.

Cuando fue más viejo le decían los jóvenes: «¡Deme un porrón acá, señor Pedro!», mientras que los mayores le llamaban «el tío Pedro» y algunas mujeres que eran de su misma edad y que se habían quedado solteras le seguían llamando Pedro. Las mujeres solteras solían vivir siempre en casa de algún hermano y cuando una no tenía parientes o reñía con ellos se iba a la ciudad de interina. También había en el pueblo una mujer vieja que vivía sola en un agujero medio derruido a la entrada del pueblo y a la que se le socorría con pan y a veces con algunas perras en las casas del pueblo. La vieja hablaba sola. Tenía una nariz grande y un poco retorcida y andaba muy encorvada con un pañuelo negro echado encima de los ojos. Se ayudaba con un bastón y siempre tenía en la mano un capacho sucio donde llevaba lo que le daban o lo que recogía por el suelo. Se la veía siempre por los rincones al atardecer. Antes no salía de su agujero porque el sol le hacía daño en los ojos, que los tenía pequeños y rojos y con moscas alrededor. Algunos días iba hasta la taberna de Pedro y le pedía vino. Pedro se lo daba y ella lo bebía allí mismo, indiferente a las burlas de los hombres que había alrededor y a los que les divertía verla beber. La vieja hablaba sola. Cuando bebía hablaba más. No se entendía muy bien

lo que decía. Llamaba a todo el mundo hijo. Los hombres se reían y si estaban de buen humor, después de la recolección, cuando tenían dinero fresco y habían bebido quizá algo más de lo acostumbrado, la convidaban a copas de cazalla. La vieja nunca decía que no y bebía lo que le daban, con lo que se le alegraba la cara y, en cambio, las piernas le flaqueaban. Entonces se le ponía la cara amarilla un poco coloradita y se sentaba en el banco al lado de los hombres. La vieja era la única mujer que iba a beber a la taberna. Olía muy mal. Cuando bebía, los hombres se burlaban de ella y la pellizcaban piropeándola. Entonces ella creía ser joven y hacía una mueca intentando sonreír. Se veía abierta su gran boca sin dientes que se ocultaba bajo la nariz y enseñaba las dos encías redondas de un color rosa y pálido, entre las que asomaba la lengua muy flaca y como con heridas o surcos. «Muerde», le decía el tío Pedro poniendo un dedo entre sus encías y ella se reía. Todos los hombres se reían y la vieja sacaba una miga de pan de su capacho y empezaba a darle vueltas en la boca hasta que se ablandaba.

El tío Pedro le dio otra copa de cazalla. La vieja la bebió de un sorbo. Aquella noche era muy tarde y ya no quedaba en la taberna más que Antonio el de la casa grande. Antonio estaba también bebido, pero Pedro no.

—¡Toma; convidó! —dijo Pedro y puso una gran copa de cazalla debajo de la cara de Antonio. Antonio le miró con sus ojos cargados, húmedos, rojos, desde detrás de su gran cara oscura con las barbas negras crecidas.

—No; ya me voy —dijo y se fue.

Pedro se levantó y salió a la calle y vio cómo se alejaba pesadamente la figura de Antonio. Antonio andaba con cuidado porque ya era de noche y en el pueblo no había todavía luz eléctrica. Todas las calles estaban oscuras. Se veían las sombras negras de las casas más oscuras aún y, dentro de ellas, apenas los huecos de las puertas. El piso de las calles del pueblo era muy desigual con grandes pedruscos y, en medio de la calle, había profundos surcos que trazaban las aguas torrenciales que caían rápidas desde la loma que dominaba el pueblo. Por eso, esta noche se cayó Antonio al suelo, pero luego se levantó él solo y siguió andando trabajosamente di-

ciendo palabras que nadie oía hasta que llegó a la casa grande y se acostó.

Pedro volvió a entrar en su taberna y cerró la puerta. La vieja estaba sentada en el banco, con la cabeza apoyada en la pared y con la nariz en alto. Se le había caído el pañuelo negro que siempre llevaba puesto y se veía su calva redonda y alrededor de ella el nacimiento ralo de los pelos grises. De la barbilla le nacían algunos pelos más largos. Movía las mandíbulas tranquilamente, pero sin detenerlas nunca. Rodaba la mandíbula inferior con un movimiento tranquilo y dulce, como si acariciara. Pedro la miró con su cara torcida. Tenía la cara torcida desde cuando era joven que le dio un frío y se quedó así. No fue al médico. El curandero le dio un soplo y mejoró algo, pero por fin se había quedado torcida. También había hecho un voto a una virgen pero no se curó. Hacía mucho que se había acostumbrado a su boca torcida que no le estorbaba nada para hablar ni para comer. La habitación estaba iluminada por un candil. La luz era blanca y movediza. Se veía a la vieja sentada en el banco, sonriente, con los ojos brillantes y la cabeza colorada, con su boca entreabierta y la nariz levantada. Conservaba el capacho al brazo y nunca lo soltaba. Pedro le ofreció un porrón lleno de aguardiente. La vieja empezó a beberlo alzando el brazo izquierdo con el que lo había cogido, pero luego se le cayó.

—No lo tires, bruta —dijo Pedro, pero el porrón no se rompió porque dio en el suelo de tierra blanda y había caído de poca altura. Entonces Pedro cogió el porrón y él mismo fue dejando caer el chorro de aguardiente en la boca de la vieja.

La vieja rechazó con un ademán la bebida. No podía tragar tan deprisa.

—Vamos, bebe, borracha —repitió Pedro—. Para una vez que puedes...

La vieja rechazó la bebida y empezó a cantar. Cantaba un viejo romance que debía haber aprendido de joven. Pedro no lo conocía. Muchas de las palabras no podía entenderlas. Se le cortó el hipo. Dejó de beber. Extendió las manos e hizo unos gestos como ofreciendo algo o quizá pidiendo algo o conjurando a alguien para que hiciera lo que había que hacer de toda necesidad. Pedro la miraba. Entonces ella dejó caer por primera

vez el capacho al suelo. Nunca había visto Pedro que dejara el capacho en el suelo. Pedro quiso cogerlo, pero la vieja protestó. Gritó. Le dio un golpe con la mano. Quiso arañarle. Pedro se retiró y la siguió mirando. Ella estaba completamente ebria.

–Hijo mío –dijo la vieja–. Oye, hijo.

Luego se remangó las sayas y enseñó su pierna. Era una pierna flaca pero todavía muy blanca. No tenía pelos en ella, sino unas manchitas como rojas o violetas. Pedro la miró sin acertar lo que quería decirle. La vieja señaló su rodilla.

–¿Qué pasa? ¿Te duele?

Ella dejó caer las faldas, se levantó y empezó a bailar en medio de la taberna. Apenas levantaba las manos, no podía saltar, pero sus movimientos eran cadenciosos y castañeaba con los dedos, al mismo tiempo que cantaba murmurando. Pedro acompañó el baile con palmas, luego le puso en un plato pepinillos que la vieja metió alegremente en su boca. Cuando los hubo comido siguió bebiendo del porrón. Pedro le dijo:

–Ya tendrías tú hombres en tus tiempos. Ya lo creo. –La vieja se le quedaba mirando con los ojitos negros muy abiertos y luminosos.

–Toma –dijo y le ofreció el capacho abierto.

Pedro miró en él y vio un montón de mendrugos de pan, algunos verdes de moho, otros simplemente duros y mordidos.

–Gracias –dijo y cogió uno.

Índice

Introducción. Luis Martín-Santos, las voces del cuento, <i>por Domingo Ródenas de Moya</i>	7
---	---

PRIMEROS CUENTOS Y ESBOZOS

La abadía	27
[Álex medita la voluptuosidad del arrepentimiento].	32
Yo y el campo	34
El tabernero	37
Muerte repentina.	42
La prima María.	49
Lulú y las niñas	76

DE EL AMANECER PODRIDO

Lo miraba siempre todo.	87
El autobús.	101
Los enterramientos verticales.	106
La muerte	108
Amor.	110
Amor (II).	112
El buen hombre.	117
Desde muy niña comienza a sentir especial predilección por el baile y el canto	119
Orestes	123
Yo he sido deseada por todos los hombres.	125
Que la carne es flaca...	128
La criada como es debido	129
Miosotis	131
Negro	134
Preparando la travesía a nado del canal de la Mancha	136
La comadreja	139

La culebra larga.	144
Parábola de las dos mujeres que pedían a Dios que salvara a su hijo	149
Delicatessen.	151
El hombre pequeñito	153
El hombre que se acaba	154
Los cráneos blandos	155
El niño último	158
Nadia	159
Carne de ángel.	161
El cielo indeseable	165
Virgilio en los infiernos	167
La llama	168
Los bárbaros y las flores	169
La balada de Eben Emael.	170
Los militares paternos	172
Crimen	174
Tonto	177
Ensayos para la creación de un alma completamente simple e indestructible	178
Señor, ¿no me oyes?	179
¿Es acaso justo que él sea tan viejo?	180
Escucha, pecador ingrato.	182
Lázaro	184
El cilicio	188
El sacerdote como-es-debido	189
Los hermanos Mongolfier	192
La pitonisa	194
El enigmático origen de la sociología	196
Paul Valéry	198

APÓLOGOS I

El muchacho del fusil de goma.	201
El crecimiento de la barba	207
Un payaso fuera de serie	208
Peripicias de una amistad	211
El amor totalmente explicado	214
El jugador de pelota.	216
El cementerio considerado como lugar de meditación	217

Noticia fresca	218
Ave Fénix	219
El médico y el paciente	220
Trabajos de un escultor	221
La educación de los hijos	222
Trabajos de un pintor	223
Niña paseando por el monte	224
Relaciones con un jefe	225
Razonamiento	226
La justificación	227
Ensoberbecimiento	228
Historia de amor	229
Mulata	230
Misión nocturna	231
Realización de un deseo	233
El objeto de la paradoja	235
Dudas de un activista	236
Imprevista evolución de una noche de voluptuosidad	237
Fundación de un Club	239
El ascensor	241
Negociaciones para la venta de un caballo	242
Historia de bombero	246
El Gran Gonfaloniero Mangoldo	247
Los fabricantes de infiernos	248
El púdico Mamerto	250
La exploración del llano estacado	252
Experiencias de óptica	253
Peculiaridades caracterológicas	254
Grosería y modo de evitarla	255
Costumbres extrañas de algunos pueblos primitivos	256
Gloria íntima	257
Nuevos intentos de racionalización	258

APÓLOGOS II

Elea o el mar	265
Boomerang	267
Comprensión	268
El viejo luchador concluye sus días	269
Misterios del perfeccionamiento humano	270

Prosas profanas	271
Un caso de vocación	272
Amalia Vázquez y Luis Felipe	273
Atmósfera de Viernes Santo	276
El buey	277
El cansancio	287
El júbilo de la casa de fieras	288
El relámpago de la moralidad	290
Elena Keller (Nelly)	292
La humana necesidad	297
No puedo más	300
[Pégame]	301
[Puedo recordar]	303
Tauromaquia	310

CONDENADA BELLEZA DEL MUNDO

Condenada belleza del mundo	315
[Otro final]	348

APÉNDICES

«Zum Roten Oschen»	355
El cilicio (I)	358
El cilicio (2)	360
El niño último (II)	361
El complejo de Ramuncho, entre los vascos	362
Notas	367